

CÓMO NACIÓ EL CRISTIANISMO

La verdadera historia de sus orígenes, de Jesús a la creación de la Iglesia

ANTONIO PIÑERO · JAVIER ALONSO

Cómo nació el cristianismo. La verdadera historia de sus orígenes, de Jesús a la creación de la Iglesia

© Antonio Piñero Sáenz, 2025

© Javier Alonso López, 2025

Autores representados por Silvia Bastos, S.L., Agencia literaria

© de esta edición, Shackleton Books, S. L., 2025

Shackleton
— b o o k s —



@Shackletonbooks

shackletonbooks.com

Realización editorial: Bonal letra Alcompas, S. L.

Diseño de cubierta: Ana Montero

Diseño y maquetación: reverté-aguiar

Fotografía de cubierta: Shutterstock

© de los mapas: CC BY-SA 3.0 y Emse Publishing.

Depósito legal: B 13587-2025

ISBN: 978-84-1361-330-7

Impreso por EGEDSA (España)



Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

Introducción	7
En tierra de judíos	13
La Torá: una forma de vida	15
La promesa de un «mesías»	17
La Alianza	19
Fin de la religión israelita primitiva. Diáspora y helenismo	22
Un nuevo judaísmo	27
La sociedad judía en tiempos de Jesús	35
Otras fuentes de las que bebió el cristianismo	43
Jesús de Nazaret	49
¿Cómo estudiar la figura de Jesús?	50
La infancia y los años de formación	53
La predicación	60
La restauración del reino	63
Los destinatarios de su mensaje	66
Mesianismo de Jesús	69
¿Fue Jesús cristiano?	76
De anunciador a anunciado	79
¡Ha resucitado!	81
Según las Escrituras	87
Camino de Emaús	91
Un pastor para una Nueva Alianza	93

Las primeras comunidades	101
Los doce apóstoles	102
La comunidad de Jerusalén	109
Los helenistas	113
El primer conflicto: ¿viudas, lengua o teología?	115
Escándalo en torno a Esteban	118
El aborto de Dios	123
La «llamada» de Pablo	125
Bernabé y los «cristianos» de Antioquía	131
Primer viaje misionero	134
El concilio de Jerusalén	138
Los siguientes viajes de Pablo	145
Los últimos días	150
Una breve teología de Pablo	154
El punto de inflexión	163
La muerte de Santiago	164
La muerte de Pedro	167
La Primera Guerra Judía	171
Reconstrucción judía	173
La alternativa a Yavne	177
La asamblea de Dios	181
Una Iglesia, unas Escrituras	189
De las iglesias a la Iglesia	190
Cómo construir un canon	195
Los Evangelios sinópticos	199
El grupo marginal de Juan	207
En busca de la unidad	212
Los otros cristianismos	217
Cristología	219
Eclesiología	224
Soteriología	226
Primeros debates trinitarios	228
Ebionitas y judaizantes	234
Elcasaítas	236
Los milenaristas	238

Cristianos que se creían especiales: los marcionitas	241
Cristianos que se creían especiales: los gnósticos	246
Entonces, ¿dónde está la «Iglesia de Pedro»?	255
¿Qué es la Gran Iglesia?	256
Imagen poco convincente	262
A modo de resumen	266
La explicación alternativa	272
Apéndices	275
Apéndice I: La Fuente Q y la comunidad de Galilea	276
Apéndice II: Cronología de la composición del Nuevo Testamento	281
Bibliografía recomendada	285

Introducción

CESAREA DE FILIPO, DECIMOSEXTO AÑO DE REINADO DEL EMPERADOR TIBERIO (30 E. C.)

Ojalá todas las huidas fueran como aquella.

Caminando unos pasos por detrás del Maestro, Simón, a quien el resto de los discípulos llamaban *Kefa*, ‘el Roca’, quizás por su dureza de mollera, miraba a su alrededor fascinado por el verdor del bosque, y sonreía viendo, escuchando, casi oliendo el río que corría paralelo al camino. Estaban cerca del lugar donde nacía el Jordán.

—Ya podríamos quedarnos aquí, en lugar de pasarnos el día caminando bajo el sol por las orillas del Genesaret. Aquí el rabí también podría predicar —dijo medio en broma, medio en serio.

—No hemos venido a eso, Kefa —le respondió Yakov, otro de los Doce.

Y así era, en efecto. Ir al territorio gobernado por Herodes Filipo no era pasar un día de campo, sino una forma de evitar problemas con su hermano Antipas. Era una suerte que Cafarnaúm estuviera tan cerca de la frontera entre los reinos de ambos hermanos. Bastaba cruzar el río hacia el este y uno ya se sentía a salvo.

Antipas, «ese zorro», como lo había denominado Jesús, era un tipo peligroso. Criticar sus actos, en especial el que se hubiera casado con la esposa de su hermano, un pecado según la Ley de

Moisés, ya le había costado la cabeza a Juan el Bautista, y no era la primera vez que Jesús sentía de cerca el aliento de los esbirros de Antipas. Pero, aunque le ofrecía un refugio, a Jesús no le gustaba demasiado aquella región. La mayoría de la población no era judía y estaba demasiado influida por las vecinas ciudades de la Decápolis. Aquello no tenía nada que ver con las ovejas de Israel a las que él quería predicar.

Llegados a un llano en el bosque, se sentaron en el suelo y sacaron de sus alforjas un trozo de pan, un poco de queso y unas aceitunas. Dispuestos alrededor de su maestro, charlaban de nada y de todo, ajenos en parte a los pensamientos que ocupaban en aquel momento la mente de Jesús.

—¿Quién dice la gente que soy yo? —La pregunta de Jesús quebró de golpe el encanto de aquel breve rato de esparcimiento.

Otra de sus preguntas.

Los Doce se miraron unos a otros sin saber muy bien qué responder. ¿Qué pretendía? Estaba claro que él era Yeshúa, el hijo de José y María. Eso lo sabía cualquier hijo de vecino desde Nazaret hasta Cafarnaúm. Debía de referirse a otra cosa.

—Algunos dicen que eres Juan el Bautista —se atrevió Juan a responder—. Ya sabes..., que, después de su muerte, su espíritu está en ti.

Jesús asintió.

—Comprendo...

—Otros —interrumpió Andrés— dicen que eres Elías.

Lo de Elías era algo obsesivo. Desde que el dios de Israel había tenido a bien llevárselo en vida en su carro de fuego, los judíos no habían dejado de esperar su regreso. En todos los hogares se le reservaba un asiento vacío en las celebraciones de Pascua, por si se le ocurría presentarse a cenar sin avisar. Y en las circuncisiones,

igual. Siempre estaba presente la silla vacía para Elías. Aunque, a decir verdad, no todos los judíos parecían igual de optimistas sobre la venida de aquel profeta que no había muerto. También era habitual hacer bromas sobre el asunto: «¿Cuándo me pagarás lo que me debes? ¡Cuando regrese Elías!». Jesús sonrió al escuchar aquel nombre, recordando, quizás, alguna deuda impagada en el taller de su padre José.

—O alguno de los profetas... —concluyó Andrés.

—¿Y vosotros? —Jesús hizo una pausa—. ¿Quién decís que soy yo?

No se podía quedar atrás. Juan y su propio hermano Andrés ya habían dado sus respuestas. Simón era impulsivo, competitivo. No podía permitir que alguien gozara del favor de su maestro con ventaja sobre él.

—Tú eres... —dudó un instante. ¿Iba a decir una barbaridad o quizás era el único que veía lo evidente? Todos lo observaban—. Tú eres... Tú eres el Mesías, el hijo de Dios vivo.

Se hizo el silencio. Las miradas de los otros Once iban de Simón a Jesús y de Jesús a Simón. Intentaban adivinar qué pensaba Jesús, porque los pensamientos de Simón se podían ver con la claridad del agua cristalina en sus ojos: «Ahora Jesús me dirá que estoy loco».

Jesús dejó el trozo de pan que tenía entre las manos, se las sacudió dando unas palmadas y miró a Simón con una amplia sonrisa.

—Eres afortunado, Simón hijo de Jonás, porque no ha sido tu naturaleza la que te lo ha revelado, sino mi padre que está en el cielo. Y yo te digo que tú eres Kefa, 'el Roca', y sobre esta roca construiré mi Iglesia, y las puertas del infierno nada podrán contra ella. Te entregaré las llaves del reino de los cielos, y lo que ates en

la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos.

Este relato, basado en el texto del primer Evangelio (Mateo 16, 13-20), puede servir de brevísimo resumen sobre lo que, a la mayoría de nosotros, nacidos en un mundo de innegables raíces cristianas, se nos transmitió desde pequeños: Jesús fundó una Iglesia universal y encomendó a Pedro la tarea de continuar su misión cuando él ya no estuviera. La autoridad y primacía de Simón Pedro sobre el resto de los apóstoles quedó firme e indiscutiblemente establecida mediante esta declaración y así, uno tras otro, los sucesores de este primer Papa han guiado al rebaño cristiano por la senda correcta durante dos mil años. Fin de la historia.

O no.

Según el *Annuarium Statisticum Ecclesiae* publicado anualmente por el Vaticano, hay en la actualidad más de 1300 millones de personas repartidas por todo el planeta que son consideradas católicas romanas y que, por lo tanto, admiten *de facto* la primacía de los sucesores de Simón Pedro y las doctrinas transmitidas por ellos como la auténtica Iglesia de Jesús.

Sin embargo, despojado del corsé del dogma, desde el punto de vista del historiador que únicamente pretende explicar a sus lectores las causas, características y consecuencias de los acontecimientos históricos, es lícito preguntarse si realmente ocurrió así.

¿De verdad Jesús fundó una Iglesia? ¿Fue él quien designó a Simón Pedro como sucesor? ¿Todos los demás discípulos estuvieron de acuerdo en aceptar la primacía de Pedro? ¿Y se aceptaron sin discusión todas las concepciones teológicas y mundanas defendidas por Pedro y sus sucesores? ¿No hubo disensiones en los años posteriores, cuando Jesús ya no estaba en la tierra?

El objetivo de esta obra es responder a estas y otras preguntas que van más allá de la vida de Jesús, hasta alrededor de un par de siglos después. El libro desea presentar a los lectores un panorama general de los primeros siglos de la comunidad cristiana primitiva.

Así pues, comenzaremos en los años de vida de Jesús de Nazaret, y terminaremos a principios del siglo III de nuestra era, cuando podemos dar por constituido el canon, o lista de libros sagrados que forman el Nuevo Testamento.

Intentaremos cumplir esta tarea de la manera más cercana, fácil y entretenida para los lectores. Creemos que la divulgación científica es una obligación moral de nuestra profesión. Si nuestros estudios se limitan al círculo de expertos en el que nos movemos, estaremos privando a muchas personas de la posibilidad de entender una parte fundamental del pasado de nuestra cultura occidental. El saber nos concede pequeñas cuotas de libertad, porque nos ayuda a pensar por nosotros mismos y a tomar o rechazar aquello que se nos presenta muchas veces como verdad inamovible.

Lo expuesto en estas páginas es el resultado de años de investigación académica, de intercambio de ideas, de hipótesis confirmadas o fallidas, pero siempre con el objetivo de conocer, de aprender utilizando el espíritu crítico. Queda fuera, por lo tanto, la fe indiscutible. Para eso, doctores tiene la Iglesia.

Por último, como es lógico en un libro escrito a cuatro manos, Antonio Piñero, maestro, y Javier Alonso, discípulo, ambos amigos, asumimos como nuestra la obra completa. Lo que hayamos escrito en esta tierra, quedará escrito en el cielo, y lo que hayamos borrado en la tierra, quedará borrado en los cielos.

Empezamos.

En tierra de judíos

«No nos olvidemos de que las causas de las acciones humanas suelen ser inconmensurablemente más complejas y variadas que nuestras explicaciones posteriores sobre ellas».

FYODOR DOSTOYEVSKY

Digámoslo cuanto antes, para que quede claro: Jesús de Nazaret no era cristiano, era judío.

Por lo tanto, resulta necesario entender los orígenes judíos de Jesús, de sus seguidores y del mundo en el que vivieron, para poder comprender después cómo evolucionó el pensamiento religioso en los primeros momentos del cristianismo.

A fin de encontrar los orígenes del judaísmo, debemos retroceder en el tiempo hasta comienzos del primer milenio antes de nuestra era (aproximadamente el año 800 a. e. c.). En Canaán, el territorio que ocupan en la actualidad Israel y Palestina, tierra de paso entre Egipto y Mesopotamia, los dos grandes centros de la civilización del mundo antiguo, había dos pequeños reinos que sobrevivían en relativa paz e independencia frente a los gigantes

egipcio y asirio. El reino del norte se llamaba Israel y tenía su capital en Samaria (actual Nablus, en territorio de Cisjordania). Judá, el reino del sur, tenía como capital Jerusalén.

Estos dos reinos tenían muchas cosas en común, hasta el punto de que podríamos considerarlos reinos hermanos: compartían lengua (el hebreo), tradiciones, cultura y creencias religiosas, muchas de ellas similares a todos los pueblos vecinos del ámbito cananeo y mesopotámico. Según las tradiciones de ambos pueblos, cuando las tribus de Israel salieron de Egipto, se habían trasladado hasta la tierra que ahora ocupaban y, tras una fase de conquista, habían creado un reino unificado en el que habían gobernado sucesivamente tres reyes: Saúl, David y Salomón.

La cumbre de toda esta gloria monárquica fue el Templo de Yahvé que Salomón construyó en Jerusalén, y en cuyo interior se guardaba el Arca de la Alianza con la Ley que Moisés había recibido en el Sinaí. Este periodo de la historia mítica de Israel quedó fijado en el recuerdo colectivo del pueblo judío como la pasada Edad de Oro a la que había que intentar regresar.

Pero lo que aquí nos interesan son las creencias religiosas. En este momento (entre los siglos IX y VI a. e. c.) en esos reinos se adoraba a un dios de distintos nombres (*El*, *Elohim*, ‘el que es’; *Yahvé Sebaot*, ‘Yahvé de los ejércitos celestiales’, es decir, los ángeles, o simplemente *Yahvé*), aunque no está claro que este dios, bajo cualquiera de sus nombres, fuese considerado una divinidad única y excluyente respecto a todas las demás. Hay incluso indicios arqueológicos que sugieren que se le atribuía una compañera femenina, cuyo nombre era Asherá/Astarté, y que se parecía mucho a la idea que suele tenerse de una diosa de la fertilidad.

Además, ambos reinos consideraban que tenían un origen común: el patriarca Abrahán, su hijo, Isaac; el nieto, Jacob, y los doce

hijos de este último (las doce tribus de Israel). Con Abrahán, Dios-Yahvé habría establecido un pacto según el cual sus descendientes serían su pueblo elegido, tendrían un país y una monarquía eterna que acabaría gobernando a todos los pueblos del mundo, a cambio de mantenerse fieles en su fe.

El culto y la práctica religiosa todavía no estaban centralizados únicamente en Jerusalén, pues sabemos de la existencia de otros santuarios, como Siloh. Asimismo, tenemos noticias de que ya se celebraban algunas de las grandes fiestas religiosas que han sobrevivido hasta nuestros días, aunque no todas, y tampoco existía una obligación de peregrinar a Jerusalén en las fiestas mayores.

Dentro de su herencia cultural común, tanto los habitantes de Israel como los de Judá creían que habían vivido en el pasado la experiencia de un exilio en Egipto, y que su dios les había librado de la ira del faraón por medio de su legislador, Moisés, y su hermano, el sacerdote Aarón. En su camino de regreso a la Tierra Prometida, los israelitas habrían pasado por el monte Sinaí, donde Yahvé habría dictado a Moisés la Ley que regiría la vida de su pueblo a partir de ese momento.

La Torá: una forma de vida

Según la creencia judía, la Ley que Dios entregó a Moisés en el Sinaí está recogida en los cinco primeros libros de la Biblia hebrea y constituyen también la primera parte del Antiguo Testamento cristiano: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio. Los judíos conocen a estos cinco libros como la Torá (del hebreo, ‘instrucción’) y los cristianos como Pentateuco (del griego ‘Cinco

rollos', puesto que antiguamente los libros se escribían en hojas de pergamino o papiro cosidas y enrolladas).

En la Torá se narra de manera lineal la historia del pueblo judío desde sus orígenes. Comienza en el Génesis con la creación del mundo, las primeras generaciones (Adán y Eva; Noé y el diluvio; la Torre de Babel; Abrahán, Isaac y Jacob y los doce hijos de Jacob-Israel). Éxodo cuenta la esclavitud del pueblo judío en Egipto y su liberación de la mano de Moisés. A partir del capítulo 20 de Éxodo y a lo largo de Levítico, Números y Deuteronomio, tenemos noticia de los cuarenta años que pasa el pueblo judío en el desierto de camino a la Tierra prometida y, de manera fundamental, se ofrece toda la legislación que regirá hasta el más mínimo aspecto de la vida del pueblo judío según el pacto que le ofrece Yahvé.

Esta Ley divina se extrae del propio texto, bien por mandatos directos (por ejemplo, «No tendrás otros dioses frente a mí» de Éxodo 20, 3; o «Creced y multiplicaos» de Génesis 1, 28), bien por medio de sugerencias más o menos veladas, como la prohibición de comer el nervio ciático de cualquier animal («Por eso los israelitas no comen hasta el presente el nervio ciático que está en la articulación del muslo, porque Dios tocó la articulación del muslo de Jacob en el nervio ciático»; Génesis 32, 33).

En total, la Torá cuenta con 613 mandamientos, lo que convierte el judaísmo en una *ortopraxia*, es decir, una religión en la que hay que hacer lo correcto, más que creer lo correcto. Hay mandamientos relativos a cómo deben celebrarse las fiestas judías, a los alimentos que se pueden consumir y los que no, a las impurezas rituales que se derivan del acto sexual, de la menstruación de las mujeres, del contacto con enfermos y muertos. También se regula toda la vida del fiel, desde la circuncisión de los varones a los ocho días de nacer hasta todos los ritos de paso

que este vivirá a lo largo de su existencia. Asimismo, una buena porción de los mandamientos se ocupa de todo lo relativo al funcionamiento del culto y a los sacrificios en el Templo de Yahvé en Jerusalén.

La Ley es importante, básica, porque es la forma de relación del ser humano con Dios, de ahí que constituya uno de los temas de discusión de Jesús con sus contemporáneos (por ejemplo, la obligación de respetar el descanso del sábado o los casos en los que es admisible el divorcio), y también será con el tiempo el caballo de batalla de las comunidades cristianas primitivas (¿Debe circuncidarse un cristiano? ¿Debe guardar las prohibiciones judías respecto a alimentos como el cerdo?).

La promesa de un «mesías»

El principal legado de las figuras de David y Salomón para la religión judía (y cristiana) lo constituye la denominada «promesa mesiánica». Sin embargo, es imprescindible subrayar que el significado original de la palabra *mesías* (del hebreo *mashiaj*, ‘ungido’) era notablemente más amplio del que suele tener para nosotros, y no incluía el que tiene para los cristianos. De las 39 veces que la palabra aparece en la Biblia hebrea, ninguna tiene el significado que le atribuimos hoy en día.

Por los relatos de los libros bíblicos de Samuel y Reyes, sabemos que la unción era un acto que consistía en derramar aceite sobre la cabeza de una determinada persona con el fin de investirla de cierta autoridad. La persona que recibía la unción, el «ungido», era un elegido de Yahvé, que podía ser un rey de Israel, como Saúl, David o Salomón, pero también un sacerdote (Éxodo 28, 41),

un profeta (1 Reyes 19, 15-16) o incluso un monarca pagano, como Ciro de Persia, al que Yahvé hubiera escogido para llevar a cabo una misión (Isaías 45, 1). Así pues, «mesías» podía ser un rey, el sumo sacerdote o un profeta, aunque en la mayoría de las ocasiones se identificara con la figura de un monarca.

El texto absolutamente clave para entender el concepto de mesías y su repercusión en la religión judía y en el origen mismo del cristianismo, se encuentra en el segundo libro de Samuel. El profeta Natán transmite a David el siguiente mensaje:

Y cuando se cumplan tus días y reposes con tus padres, suscitaré detrás de ti un vástago tuyo, salido de tus entrañas, y consolidaré su realeza. El construirá una casa en mi nombre y consolidaré el trono de su realeza para siempre. Yo seré para él un padre y él será para mí un hijo; que, si él se pervierte, le castigaré con vara de hombre y con golpes habituales entre humanos. No apartaré de él mi benignidad, como la aparté de Saúl, al cual aparté de mi presencia. Y tu casa y tu realeza permanecerán firmes para siempre ante ti: tu trono será estable por siempre (2 Samuel 7, 12-16).

Si pensamos en términos de historia sagrada, la identificación lógica de este descendiente de David que edificaría un templo en honor de Dios debería ser Salomón (aproximadamente 965-928 a. e. c.), puesto que fue él quien erigió finalmente el santuario de Yahvé en Jerusalén. Sin embargo, aunque presentado en forma de profecía a David, este texto fue redactado en un momento posterior, probablemente en tiempos del rey Josías (640-609 a. e. c.) y poco antes de la destrucción de Jerusalén y del Templo de Yahvé por el rey de Babilonia Nabucodonosor en 586 a. e. c. Más que referirse a Salomón, el texto aludía más bien a todos los

reyes de Judá y muy concretamente a Josías, considerado el paradigma de rey piadoso y fiel a los mandamientos de Yahvé.

Sin embargo, como se acaba de decir, apenas un cuarto de siglo después de la muerte de Josías, aquella promesa pareció desvanecerse con la destrucción del reino de Judá, de Jerusalén, del Templo y el exilio en Babilonia.

El fracaso del Israel histórico, tal como lo concebían los judíos de épocas posteriores al destierro babilónico (el «exilio» por antonomasia), supuso una nueva interpretación de la promesa a David: significaba que ese prometido vástago del gran monarca, que lo superaría en gloria, aún estaba por llegar.

El siguiente paso resulta lógico. A partir de ese momento, el judaísmo esperó la llegada de ese descendiente de David en el que habría de cumplirse la promesa del trono eterno de Israel, un rey y, por tanto, ungido, es decir, Mesías. El primero fue, curiosamente, un extranjero, el rey Ciro de Persia (559-530 a. e. c.), a quien los judíos vieron como ungido de Dios al ser él quien destruyó el poder babilónico y permitió el regreso de los exiliados a Judá. Durante los siglos siguientes, y en realidad hasta nuestros días, la historia del pueblo judío está trufada de numerosos personajes de toda condición que, en diferentes momentos de necesidad, peligro, persecución u opresión, han sido señalados o se han proclamado Mesías.

La Alianza

Esta religión judía primitiva (normalmente se la denomina *israelita*, mientras que se reserva la idea de *judía* para la religión posterior al siglo VI a. e. c.) se sostenía sobre varios pilares básicos

que representaban un pacto entre Dios y su pueblo por medio de una alianza compleja, que en realidad era triple, pues contenía tres promesas sobre la base del «diálogo» entre Abrahán y Yahvé.

1. La primera cláusula se refería a la exclusividad de Yahvé como dios nacional de los judíos, un rasgo compartido con las demás culturas del Próximo Oriente. Esta exigencia tiene su origen en las palabras de Dios a Abrahán («Yo seré el Dios de los tuyos»; Génesis 17, 8), pero se especifica aún más claramente en el principio del Decálogo, dictado a Moisés en el Sinaí:

Yo, Yahvé, soy tu Dios, que te he sacado del país de Egipto, de la casa de servidumbre. No habrá para ti otros dioses delante de mí. No te harás escultura ni imagen alguna ni de lo que hay arriba en los cielos, ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra. No te postrarás ante ellas ni les darás culto, porque yo Yahvé, tu Dios, soy un Dios celoso (Éxodo 20, 2-5).

Pero tener a Yahvé como único dios suponía que había que cumplir todos sus preceptos, es decir, la totalidad de mandamientos contenidos en la Torá. Como ya se ha señalado, se trataba, por tanto, de cumplir con normas más que de creer complicados dogmas teológicos.

2. A cambio de la fidelidad del pueblo que había elegido como suyo, Yahvé se comprometía a garantizar a los judíos una gran descendencia. La promesa no aparecía en la revelación a Moisés en el Sinaí, sino que procedía del inicio mismo de la relación entre Yahvé y el primer judío, Abrahán: